SYMART

MAGAZINE

Edición Nº55 Junio 2026



ENTREVISTA

GERVASIO SÁNCHEZ

PRESENTACIÓN DE FOTÓGRAFOS

Virgilio Hernando Vañó
Tere Ormazabal
José Manuel Magano

ESCUELAS DE ARTE

Lucas Gómez

ARTÍCULOS Y REPORTAJES

NATURALEZA Inhar D. López García
MERZOUGA Fernando Saiz Valdecantos
ANALÓGICA Axel Serrat
ENSAYO Manel Antolí

Producción
SYMART MAGAZINE es una publicación cuatrimestral realizada por el Equipo de SymArt

Editor
Jose Montaño

Equipo de redacción
Mayte Muro
David Santaolalla
Íñigo Gómez de Segura
José Antonio Verde
Pepe Álvarez-Rogel
Josefa Calzado

Correctores
Jose Antonio Higueras
Jose Ángel Niño

Gestores de contenidos
José Ángel Sáez-Díez
Jaime de Prado
Daniel Alonso
Sonia Montejo
Jaime Estefanía del Vado
Olga Erecacho
Lluc Semis

Colaboradores
Inhar D. López García
Fernando Saiz Valdecantos
Axel Serrat
Manel Antolí

Contactar
magazine@symart.es

www.symart.es 2010 ©
https://symart.es/

Edición Nº 55 - AÑO XVI - Junio de 2026

Este Magazine se distribuye GRATUITAMENTE por gentileza de SymArt. Queda prohibida la venta de cualquier ejemplar tanto de forma impresa como por vía digital. La vulneración de nuestro derecho editorial será penada por la Ley.

FERNANDO SAIZ



MERZOUGA

"Colores, olores y sabores"

Texto y Fotografías: *Fernando Saiz Valdecantos*



Cuando el aire te avisa de que ya no hay marcha atrás

Llegas a Merzouga y lo primero que te golpea no es la vista, es el aire. Un aire espeso, que huele a una mezcla de leña quemada, cuero húmedo y ese silencio tupido que solo existe donde la civilización se acaba. Estás en el límite, en ese borde impreciso del mapa donde el asfalto termina. Detrás queda el ruido del mundo; delante, el gigante de arena llamado Erg Chebbi. Pero antes de dejarte envolver por las dunas, tienes que cruzar el pueblo. Y el pueblo es un organismo vivo que te obliga a bajar las revoluciones.

La vida tras la puerta abierta

En Merzouga la calle no es un lugar de paso, es el salón de casa. Aquí nadie cierra con llave porque el calor es un inquilino que no respeta cerrojos. Si caminas despacio, sin la ansiedad del que solo busca hacer la foto de rigor y salir corriendo, empiezas a ver la vida filtrándose por las rendijas de las construcciones de adobe.

En la penumbra de los hogares, el resplandor de un horno tradicional revela una escena que parece congelada: el pan se infla sobre las brasas bajo una luz que entra por el techo, una claridad casi irreal que resalta el polvo en suspensión. Las mujeres se mueven entre el humo y las chispas con una naturalidad que te desarma. Hay algo de resistencia en ese gesto diario de amasar y hornear mientras, afuera, el desierto sopla con la intención de cubrirlo todo. Es una coreografía de manos curtidas y telas que protegen el rostro, una lucha silenciosa por mantener la costumbre frente al desgaste del clima y el avance de lo moderno.

Ese mismo pulso late con más fuerza en el mercado. No busques etiquetas ni estanterías ordenadas. Allí las especias se apilan en conos que parecen pequeños volcanes en erupción silenciosa, desafiando la gravedad y el viento que sopla arena por todas partes. El azul cobalto de los pigmentos choca con el ocre de la tierra, y de repente te pega el aroma del comino y la canela. La hierbabuena seca te guía por los pasillos mejor que cualquier cartel. A pocos metros, cientos de babuchas cuelgan de las paredes formando un mosaico imposible de formas y colores. Huele a cuero recién cortado, a animal, a algo que no engaña. Un inventario de colores y formas expuesto al aire libre, listo para resistir el roce del polvo y el calor del suelo. Y entre todo eso, un señor mayor te mira fijamente mientras pela una naranja con un cuchillo más viejo que él.





En Merzouga la calle no es un lugar de paso, es el salón de casa. Aquí nadie cierra con llave porque el calor es un inquilino que no respeta cerrojos.









La escala de lo que importa

A veces, el desierto te frena el paso no con un obstáculo, sino con una mirada. Te cruzas con un hombre joven que despliega telas de colores vibrantes frente a la montaña, o con un guía que viste una chilaba de un naranja tan intenso que parece haberle robado el fuego al sol de la tarde. No es un decorado improvisado para la cámara; es su piel, su uniforme contra la insolación. Sus anillos de plata, sus turbantes perfectamente enrollados para que el viento no les robe el aliento... todo en ellos tiene un sentido de supervivencia y un orgullo que no necesita traducción. Son hombres que han aprendido a leer la dirección del viento en la forma de una cresta de arena.

Cuando finalmente te sientas, entiendes que en Merzouga, el tiempo es un elástico que se estira. El ritual del té es la máxima expresión de esa pausa obligatoria. El metal de la tetera quema al tacto, el líquido se vierte buscando la espuma perfecta, y el aroma de la menta fresca te limpia el paladar mientras el polvo del adobe se te mete en los poros. Es un ejercicio de paciencia. El té se bebe con calma, dejando que el calor de fuera y el de dentro se equilibren antes de volver a salir al sol.





La rendición ante la duna

Sales del pueblo y la escala humana se rompe por completo. El Erg Chebbi no aparece de golpe, se va insinuando hasta que te das cuenta de que ya no ves otra cosa que arena. Caminar por la cresta de una duna te devuelve a tu sitio: te hace sentir pequeño, casi ridículo. Ves la caravana de camellos moviéndose como hormigas sobre un mar naranja y entiendes que aquí sobras. Eres demasiado ruidoso con tus pasos torpes, demasiado frágil con tu tecnología.

El viento se levanta sin aviso y las telas de los turbantes empiezan a latir con fuerza contra el cielo. La arena entra en los zapatos, en los párpados y en los rincones del equipo fotográfico. Pero cuando el sol baja y se queda suspendido justo en el ángulo exacto tras la silueta de un dromedario, todo el esfuerzo cobra sentido. Es un minuto de oro líquido, un silencio absoluto que ya no es ausencia de ruido, sino una presencia física que te llena el pecho. El desierto deja de ser un lugar que visitas para convertirse en un estado mental.





Lo que queda en la mochila

Merzouga no se acaba cuando subes al coche. Días después, en casa, abres la mochila y ahí está: arena fina como talco, obstinada, roja como la tarde en la duna. Con ella vuelve el olor a cuero, el sabor empalagoso del té con menta y, sobre todo, la mirada de la mujer frente al horno de pan, esa que no pedía nada, pero te dejaba dentro algo que no sabes explicar.

Al final no hice ninguna foto buena… o eso pensaba yo mientras encuadraba como un turista torpe. Menos mal que el desierto se encargó del resto.

Las fotografías de este reportaje no pretenden explicar Merzouga; el desierto es demasiado grande para caber en un encuadre. Son simplemente testigos mudos de que estuviste allí. De que Merzouga te dejó pasar y, por un instante, te dio permiso para ser parte de su silencio.

Al final vuelves con los zapatos llenos de arena que no se va nunca y con la sensación rara de que, por unos días, te dejaron estar ahí sin hacer demasiadas preguntas, y, sobre todo, con el recuerdo imborrable de sus colores, olores y sabores.





https://www.instagram.com/phersaiz/
@phersaiz